

Nélida Piñón

I LOVE MY HUSBAND

Yo amo a mi marido. De la mañana a la noche. Apenas me despierto, le hago café. El suspira exhausto de la noche mal dormida y comienza a rasurarse. Le golpeo la puerta tres veces, antes de que el café se enfríe. El gruñe con rabia y yo vocifero con aflicción. No quiero que mi esfuerzo se confunda con un líquido frío que él se tragará como me traga dos veces por semana, especialmente el sábado.

Después le arreglo el nudo de la corbata y él protesta porque sólo soluciono una parte menor de su vida. Me río para que él salga más tranquilo, capaz de enfrentarse a la vida allá afuera y traer de regreso a la sala de visita un pan caliente y abundante.

El dice que soy exigente, que me quedo en casa lavando la vajilla, haciendo compras y todavía me quejo de la vida. Mientras, él construye su mundo, con pequeños ladrillos, y aunque algunos de estos muros se vengán abajo, los amigos lo felicitan por el esfuerzo de crear artesanías de barro, sólidas y visibles.

A mí también me felicitan por alimentar a un hombre que sueña con casas grandes, chozas y sucuchos, y así hace progresar al país. Es por esto que soy la sombra de un hombre que todos dicen que amo. Dejo que el sol entre en la casa, dorando los objetos comprados con el esfuerzo común. Aunque él no me felicite por los objetos brillantes. Al contrario, a través de la certeza de mi amor, dice que no hago más que malgastar el dinero que él ahorra en verano. Le pido que comprenda mi nostalgia de una tierra antiguamente trabajada por la mujer; él frunce el ceño como si le propusiera una teoría que avergüenza a la familia y a la escritura definida de nuestro departamento.

Qué más quieres, mujer, ¿no basta el que nos hayamos casado en comunidad de bienes? Y diciendo que yo era parte de su futuro, que no obstante sólo él tenía el derecho de construir, me di cuenta que la generosidad del hombre sólo me habilitaba para ser la dueña de un pasado con las reglas dictadas por la convivencia.

Comencé a pensar en la maravilla que sería vivir en el pasado, antes de que este tiempo pretérito nos sea dictado por el hombre que decimos amar. El aplaudió mi proyecto. Dentro de la casa, en el horno que era el hogar, sería fácil alimentar el pasado con hierbas y puré de avena para que él, tranquilamente, creara el futuro. Decididamente, él no podía preocuparse por la matriz de mi vientre, que debía pertenecerle sin que necesitara oler mi sexo para descubrir si alguien más aparte de él, habría estado allí, golpeando a su puerta, arañando sus paredes con inscripciones y fechas.

Un hijo mío debe ser sólo mío, confesó a los amigos el sábado del mes en que nos visitan. Y mi mujer sólo mía y ni siquiera de sí misma. La idea de que yo no podía pertenecerme, tocar mi sexo para exorcizar sus excesos, me provocó el

primer sobresalto en la fantasía del pasado en que vivía. De modo que el hombre, además de haberme hecho naufragar en el pasado, cuando se sentía libre para vivir una vida a la que apenas tenía acceso, necesitaba atarme de manos, para que mis manos no sintieran la dulzura de su propia piel, pues quizás esta dulzura me murmurara que había otras pieles igualmente dulces y privadas, cubiertas de pelo suave, que con la ayuda de la lengua podía lamerse su sal.

Miré mis dedos impresionada por las uñas largas pintadas de rojo. Uñas de tigre que aseguraban mi identidad, gruñían acerca de la verdad de mi sexo. Me acaricié el cuerpo, y pensé: ¿acaso soy mujer únicamente por las garras largas y por revestirlas de oro, de plata, del ímpetu de la sangre de un animal herido en el bosque? ¿O porque el hombre me adorna para que cuando me quite estas pinturas de guerrera del rostro se sorprenda con una cara extraña, que él mismo cubrió de misterio para no tenerme entera?

De repente el espejo me pareció el símbolo de una derrota que el hombre traía a la casa, y me volvía hermosa. ¿No es cierto que te amo, marido?, le pregunté mientras leía el periódico para informarse, y yo barría las letras de imprenta escupidas en el suelo a medida en que pasaba las noticias. Me pidió, déjame seguir, mujer. ¿Cómo quieres que hable de amor cuando se discuten las alternativas económicas de un país en que los hombres para mantener a las mujeres necesitan realizar un trabajo de esclavo?

Entonces le dije, si no quieres discutir el amor, que al final bien puede estar lejos de aquí, o detrás de los muebles donde a veces escondo el polvo luego de barrer la casa, ¿qué tal si después de tantos años mencionara la palabra futuro como si fuera un postre? Dejó el periódico a un lado y me pidió que volviera a decirlo. Mencioné la palabra futuro con cautela, no quería herirlo, pero ya no podía abandonar la aventura africana que se iniciaba. Seguida de un cortejo pintado de sudor y ansiedad yo derribaba a los jabalíes, hundía mis caminos en sus yugulares tibias, mientras Clark Gable, atraído por mi olor y el del animal en convulsión, iba de rodillas pidiendo mi amor. Cansada por el esfuerzo bebía agua del río, quién sabe si en busca de la fiebre que estaba en mis entrañas y no sabía cómo despertar. La piel ardiente, el delirio, y las palabras que manchaban mis labios por primera vez, estaba ruborizada por el placer y el pudor, mientras el brujo me salvaba la vida con su ritual y los pelos abundantes de su pecho. Con la vitalidad en los dedos, de mi boca parecía salir el soplo de la vida y abandonaba a Clark Gable atado a un árbol, devorado lentamente por las hormigas. Imitando a Nayoka, yo remontaba el río que casi me había dejado sin fuerzas, evitando las caídas de agua, proclamando a gritos libertad, la más antigua y preciosa de las herencias.

Mi marido, con la palabra futuro flotando sobre sus ojos y

el periódico caído, me preguntaba: ¿qué significa este rechazo a nuestro nido de amor, a nuestra seguridad, tranquilidad, en fin, a nuestra maravillosa paz conyugal? ¿Y tú crees, marido, que la paz conyugal se deja atar con los hilos tejidos por el anzuelo, sólo porque mencioné esta palabra que te entristece tanto que comienzas a llorar tímidamente, porque tu orgullo no te permite el llanto convulsivo, que está reservado a mi condición de mujer? Ah, marido, si esa palabra tiene una descarga que te enceguece, otra vez me sacrifico para no verte sufrir. ¿Será posible que apagando ahora el futuro, todavía haya tiempo de salvarte?

Sus lagunas brillantes sorbieron rápidamente las lágrimas, tragó el humo del cigarro con convicción y retomó la lectura. Difícilmente habría un hombre como él en nuestro edificio de dieciocho pisos y tres porterías. En las reuniones del condominio que presencié, él era el único que salvaba los obstáculos y perdonaba a los que lo habían contrariado. Me recriminé por mi egoísmo, por perturbar la noche de quien merecía reponerse para la mañana siguiente.

Para esconder mi vergüenza, le traje café y pastel de chocolate. El aceptó que me redimiese. Me habló de los gastos mensuales. Del balance de la firma ligeramente descompensado; había que cuidar los gastos. Si contara con mi colaboración dispensaría a su socio en menos de un año. Me sentí feliz de participar en un acto que nos haría prosperar en doce meses. Sin mi buena voluntad, él jamás habría volado tan alto. Yo me encargaba a la distancia de su capacidad de soñar. Cada sueño de mi marido era sostenido por mí. Y por ese derecho, yo le pagaba a la vida con un cheque que no se podría contabilizar.

El no necesitaba agradecerme. De tal modo había alcanzado la perfección de sus sentimientos que le bastaba continuar a mi lado para entender que me amaba; yo era el fruto más delicado de la tierra, un árbol en el centro del espacio de nuestra sala; él se subía al árbol, alcanzaba los frutos, acariciaba su cáscara, podando sus excesos.

Durante una semana le golpeé la puerta con un sólo toque matutino. Estaba dispuesta a hacerle un nuevo café si el primero se enfriaba, si se quedaba olvidado mirándose al espejo con la misma vanidad que me inculcaron en la infancia, después que se confirmó en el nacimiento que se trataba de una mujer más. Ser mujer es perderse en el tiempo, fue siempre la regla de mi madre. Quería decir ¿qué más vence al tiempo que la condición femenina? Mi padre la aplaudía, completando: el tiempo no es el envejecimiento de la mujer, sino su misterio jamás revelado al mundo. ¿Ya has visto, hija, qué cosa más hermosa, una vida nunca revelada, que nadie tomó sino tu marido, el padre de tus hijos? Las enseñanzas paternales siempre fueron graves, él daba un brillo de plata a la palabra vejez. Me venía la certeza de que al no cumplirse la historia de la mujer, al no serle permitida su propia biografía, en cambio le era asegurada la juventud.

Sólo envejece quien vive, dijo mi padre el día de mi casamiento. Y porque vivirás la vida de tu marido, a través de este acto te aseguramos que serás joven para siempre. Yo no sabía cómo controlar el júbilo que me envolvía como el peso de un escudo, y caminar hacia su corazón, sorprender su limpieza. O agradecerle un estado que yo nunca había ambicionado, tal vez por distracción. Y todo este trofeo justo en la noche que me convertiría en mujer. Pues hasta ese momento me susurraban que yo era una bella expectativa. Muy distinta a mi hermano, a quien en la pileta misma del bautismo ya le clavaron el glorioso estigma del hombre, aún antes de haber dormido con una mujer.

Siempre me dijeron que el alma de la mujer sólo surgía en el lecho, su sexo ungido por el hombre. Mi madre insinuó que antes de eso nuestro sexo parecía más una ostra nutrida de agua salada y por eso vago y resbaladizo, lejos de la realidad cautivante de la tierra. A mi madre le gustaba la poesía, sus imágenes siempre frescas y calientes.

Mi corazón ardía la noche del casamiento. Yo clamaba por el nuevo cuerpo que me habían prometido, por abando-



Roy Lichtenstein
Good morning darling, 1964

nar la cáscara que me revestía en la tranquila vida cotidiana. Las manos de mi marido me modelarían hasta mis últimos días, ¿cómo agradecerle su generosidad? Tal vez por eso seamos tan felices, como pueden serlo dos criaturas en que una de ellas es la única que lleva al hogar el alimento, la esperanza, la fe, la historia de una familia. El es el único que me trae la vida, aunque a veces yo la viva con una semana de atraso. Pero no importa. Hasta llevo ventaja, porque él siempre me la trajo traducida. No necesito interpretar los hechos, caer en errores, apelar a las palabras inquietantes que terminan por amordazar la libertad. Las palabras del hombre son las que necesitare a lo largo de la vida. No tengo que asimilar un vocabulario incompatible con mi destino y capaz de arruinar mi casamiento.

Así fui aprendiendo que mi conciencia está al servicio de

mi libertad al mismo tiempo que al servicio de mi marido. Es su responsabilidad podar mis excesos; la naturaleza me dotó con el deseo de naufragar a veces, de ir al fondo del mar en busca de esponjas. ¿Y para qué me servirían sino para absorber mis sueños, para multiplicarlos en el silencio burbujeante de sus laberintos llenos de agua de mar? Yo quiero un sueño que se alcance con el guante fuerte y que se transforme algunas veces en un pastel de chocolate, para que él lo coma con los ojos brillantes, y sonreiremos juntos.

Ah, cuando me siento guerrera, por tomar las armas y gannarme un rostro que no es el mío, me sumerjo en una exaltación dorada, camino por las calles sin dirección, como si a partir de mí y a través de mi esfuerzo debiera conquistarme otra patria, una nueva lengua, un cuerpo que sorbiera la vida sin miedo ni pudor. Y todo me tiembla adentro, miro a los que pasan con un apetito del que no me avergonzaré más tarde. Felizmente, es una sensación fugaz; luego busco el auxilio de las veredas familiares: en ellas mi vida está estampada. Las vidrieras, los objetos, los amigos, en fin, todo el orgullo de mi casa.

Estos mis actos de pájaro son indignos; herirían la honra de mi marido. Compungida, le pido disculpas en mi pensamiento, le prometo esquivar esas tentaciones. El parece perdonarme a la distancia, aplaude mi sumisión a la vida cotidiana feliz, que nos obliga a prosperar cada año. Confieso que esta ansiedad me avergüenza, no sé cómo contenerla. No la menciono sino a mí misma. Ni los votos conyugales impiden que por minutos naufrage en el sueño. Estos votos que ruborizan mi cuerpo pero que no marcaron mi vida, de tal forma que pudieran indicar las arrugas que me sobrevinieron a través de su arrebato.

Nunca le mencioné a mi marido estos galopes peligrosos y breves. El no podría soportar la confesión. O que le dijera que en esas tardes pienso en trabajar afuera, pagar las minucias con mi propio dinero. Claro que estos desatinos se me ocurren justamente porque el tiempo me sobra. Soy una princesa de la casa, él me lo dice algunas veces y con razón. Nada puede alejarme de la felicidad en que estoy para siempre sumergida.

No puedo quejarme. Todos los días mi marido contradice la versión del espejo. Yo me miro y él exige que me vea equivocada. No soy realmente las sombras, las arrugas que me veo. Como mi padre, también él responde por mi eterna juventud. Es gentil de sentimientos. Jamás festejó ruidosamente mi cumpleaños, para que yo me olvidara de contar los años. El piensa que no me doy cuenta. Pero la verdad es que al final del día ya no sé cuántos años tengo.

Y también evita hablar de mi cuerpo que se ha alargado con los años; ya no visto los modelos de antes. Tengo mis vestidos guardados en el ropero, para que sean discretamente apreciados. A las siete de la noche, todos los días, él abre la puerta sabiendo que del otro lado estoy a su espera. Y cuando el televisor exhibe cuerpos jóvenes, él hunde su cara en el periódico; sólo nosotros existimos en el mundo.

Agradezco el esfuerzo que hace para amarme. Me empeño en agradarlo, aunque a veces sin ganas, o porque me perturba un rostro extraño que no es el suyo, el rostro de un desconocido sí, cuya imagen nunca más quiero volver a ver. Siento entonces la boca seca, seca por la rutina que confirma el gusto del pan comido ayer y que me alimentará mañana. Un pan que él y yo comemos sin protestar, ungidos por el amor, atados por la ceremonia de un casamiento que nos declaró marido y mujer. Sí, yo amo a mi marido.

(Del libro *El color de las cosas*)

